

APOSTILLAS¹ TEOLÓGICAS SOBRE EL VOTO DE ASOCIACIÓN PARA EL SERVICIO EDUCATIVO DE LOS POBRES. APORTES PARA PASAR DEL RECUERDO SUBVERSIVO AL CONCEPTO CRÍTICO.

H. Santiago Rodríguez Mancini, fsc
Distrito Argentina-Paraguay

RESUMEN

El presente trabajo indaga sobre las dimensiones teológicas de nuestro voto de asociación para el servicio educativo de los pobres desde la Teología de la Trinidad, incluyendo una reflexión eclesiológica y mariológica. El mismo parte de un trabajo anterior ya publicado electrónicamente en el sitio de RELAL. La intención de perfilar la “asociación” como un concepto crítico se inscribe en el proceso de refundación del Instituto y de la reescritura de la Regla como momento clave. En este sentido, la idea de la asociación para el servicio educativo de los pobres, si bien queda referida primeramente al voto que hacemos los Hermanos, quiere quedar abierta para un diálogo con los seglares.

Palabras clave

Asociación para el servicio educativo de los pobres – Consagración – Trinidad – Voto – Refundación – María – Iglesia – Comunidad

El recuerdo subversivo puede hacerse concepto crítico

La expresión de Johannes-Baptist Metz es ya clásica en teología. El recuerdo, la memoria, como concepto religioso profundamente bíblico, tiene siempre, en cuanto memoria de vencidos, un poder desestabilizador para el orden vigente. Evocar el voto de asociación para el servicio educativo de los pobres de La Salle y los primeros Hermanos tiene siempre ese efecto cuestionador², sobre todo considerando que vivimos en una sociedad hiperindividualista, como lo

¹ El título quiere señalar el carácter fragmentario del trabajo. Se echará de menos aquí un apartado necesariamente fenomenológico que tampoco puede ser suplido por el anteriormente publicado. Si, como decimos, la cuestión de fondo tiene que ver con la experiencia de una relación, es necesario analizar cómo atraviesa nuestros cuerpos asociados, nuestras personas e instituciones, esa relación. Y eso no ha sido realizado. Damos por supuesto la experiencia incorporada de la asociación vivida y practicada en el Distrito de Argentina - Paraguay.

² Esto me parece suficientemente establecido desde hace años. Un texto señero es el del H. Mike McGuinniss, “Is Lasallian Association a Dangerous Memory?” (En *A sense of the Future. Notes to Ourselves in the Making*. A Seminar on Lasallian Spirituality sponsored by the Regional Conference of the Christian Brothers. 1990. Winona. pp. 151-176). Sobre el devenir histórico del voto de asociación para el servicio educativo y de su significado como voto central en la identidad de los Hermanos ya he reflexionado en mi “La Asociación para el servicio educativo de

describen muy bien sociólogos como Zygmundt Bauman o Gilles Lipovetsky. Según ellos diagnostican, el presente no es sino una última etapa del desarrollo de la personalización que constituyó la modernidad. Y, en este momento, los llamados “triunfadores” sociales tienden a desafilarse de la sociedad, buscando lazos cada vez más tenues e indoloros, o a través de procesos de secesión, segregación y segmentación. Ante este movimiento, nuestra búsqueda de un testimonio de trascendencia, nuestra creación de un estilo culturalmente contrahegemónico, nos lleva a acentuar nuestro sentido comunitario bajo la figura de la asociación. Pero también nos lleva a acentuar la opción por los pobres que hoy se multiplican por todas partes. Y la vinculación del “para” que marca el sentido de la asociación.

Por otra parte, hace más de cincuenta años hemos comenzado a descubrir en el movimiento laical y, particularmente en el ejercicio de la misión compartida, una bendición, un don de Dios para la Iglesia. A eso vinimos a llamarlo, junto con muchas otras congregaciones, “asociación”. Puede ser que esta realidad nos haya hecho más sensibles a que “la primera asociación” es con nuestros Hermanos del Instituto. De hecho, algunos Hermanos juzgan que el recuerdo de esa primera asociación sirve de coartada para una vivencia más audaz de la asociación para la misión entre Hermanos y Seglares.

De ahí, pienso, la necesidad de establecer la “asociación para el servicio educativo de los pobres” como un concepto crítico para la reflexión del Instituto: para que no sea un cambio de vocabulario o una moda léxica, sino que nos ayude a ver qué es lo que debe cambiar en nuestra forma de vivir, de organizarnos, de llevar adelante nuestra identidad y misión.

El recuerdo subversivo de la asociación para el servicio educativo de los pobres vivido por el Sr. De La Salle y sus primeros compañeros puede convertirse en un concepto crítico cuando esa narración permite abrir un espacio de distancia, transformándose en una instancia reguladora y utópica a la vez, cuando el recuerdo se hace horizonte. En ese espacio que admitimos para la distancia de discernimiento el recuerdo debe conceptualizarse; la narración, transformarse en teoría. La fuerza salvadora viene de la memoria, de la narración y del símbolo, categorías religiosas por excelencia como lo recuerda también J.-B. Metz. Pero la eficacia posible se dará en la conceptualización y la teoría.

Cuando digo concepto crítico, entiendo una conceptualización que toma en cuenta los discursos y las prácticas sociales (eclesiales y congregacionales en este caso) en tanto prácticas de subjetivación y no de sujetación. Un concepto crítico debiera actuar en tres niveles:

- Cognitivo, cuestionando y dando espacio a una conversión intelectual que indaga las relaciones necesariamente dialécticas entre fe e ideología.
- Ético-político, cuestionando y abriendo espacio para una conversión moral que recrea las instituciones y sus dispositivos en el juego dialéctico de lo instituido y lo instituyente, lo mismo que las actitudes personales y sus motivaciones y su propia dialéctica.
- Utópico-espiritual, cuestionando y abriendo espacio para una conversión religiosa de las personas, las comunidades y las instituciones que busca una vida más fiel al Evangelio de

Jesucristo en la dinámica de la provisoriedad y la esperanza, con una radicalidad creciente, siempre abierta a la reforma, siempre necesitada de reforma.

36

Un concepto crítico pone las bases para un diálogo. Lo hace creando un campo entre subjetividades. Al abrir ese campo, una serie de capitales (económicos, sociales, simbólicos) quedan en disputa y las subjetividades se ponen en una dinámica de juego por las posibilidades que esos capitales permiten. Es el juego del poder.

Pienso que hay en el fondo de nuestro voto una fuerza empoderadora muy grande, capaz de suscitar mucho diálogo y protagonismo de los que nos asociamos, constituyéndonos en sujetos de la misión recibida, en constructores de la comunión a la que somos invitados y para la que fuimos gratuitamente capacitados. Pero, al mismo tiempo, creo que los procesos históricos de la asociación están siempre a merced del riesgo propio de todo proceso de creación de bienes simbólicos y que debe cuestionarse el modo en que el poder es ejercido en ellos. La característica horizontal propia de la asociación está siempre amenazada por una serie de dispositivos autoritarios, clericalistas, patriarcalistas, adultocéntricos. Y también el concepto y los procesos de conceptualización están amenazados por el conjunto de dispositivos de esta clase y sus resistencias.

Al perfilar críticamente este concepto deberemos pensar teológicamente. Pero al hacerlo, hemos de recordar siempre que su funcionalidad es de orden histórico y que, por lo tanto, tiene, entre otras, implicancias económicas, políticas, comunicacionales.

Una mirada a la Santísima Trinidad para ver mejor lo nuestro

La teología de la Trinidad puede proveernos de elementos para delinear mejor este concepto. Es algo evidente, tal vez.

Y el H. Alvaro Rodríguez, Superior General, nos ha insistido en ello en las últimas cartas anuales. Si queremos entendernos, hemos de mirar a la “Sociedad de los Divinos Tres”, como lo decía Jean Jacques Olier, maestro espiritual de La Salle sobre cuya experiencia, como lo ha recordado muchas veces el H. Gerard Rummery, se pudo haber inspirado La Salle a la hora de su voto de asociación.

Mirando a la Trinidad económica³

Si la Santísima Trinidad es el modelo, la fuente, el lugar y el destino de nuestra asociación Lasallana, tenemos que comenzar mirando a Jesús, que es su revelador, la palabra explícita de su autorrevelación.

³ Todo esto podría tejerse con citas de las MTR. Excedería el espacio de este artículo.

Con la mirada en Jesús, el Cristo, iniciador y posibilitador de una asociación para la misión

37

Al mirar a Jesús, nos ponemos en el lugar que La Salle señala para nuestra oración tanto en la EMO como en las MTR: aprender de él, estudiarlo, comprender sus intenciones, comulgar con sus sentimientos, aprender sus estrategias.

Jesús es el creador de un movimiento que entiende como semilla, símbolo e instrumento del Reino, un nuevo Pueblo de Dios. Pero la capacidad instrumental de este nuevo Pueblo no será plena sino hasta la resurrección de Jesús. En los evangelios encontramos este testimonio de fe.

Lo que une a las personas a este movimiento no es una idea o un programa de trabajo. Es la seducción de la persona de Jesús lo que arrebató sus vidas. Y esto porque, en la fe, cada uno puede descubrir en Jesús la figura de su Padre (Cf. Jn 1,35-51; Jn 14,8-9). Para nosotros, que no hemos visto a Jesús, ese poder seductor está en el Evangelio leído y vivido en la comunidad eclesial (Mc 8,35; Jn 20,19-31) y en los rostros de los varones y mujeres contemporáneos que sufren (Mt 25, 34-36).

En este movimiento que muestran los evangelios podemos encontrar tres categorías de adherentes.

Unos permanecían en sus casas. Son ejemplos de esto Lázaro, María y Marta, que recibían a Jesús en su casa de Betania; Nicodemo, que se acercó en la noche a conversar con el maestro; José de Arimatea, también discípulo secreto; la samaritana, el geraseno o la siriofenicia, todos evangelizadores de sus propias tierras.

Otros, seguían a Jesús como itinerantes. En este seguimiento, adherían con distinta intensidad al estilo de vida que adoptó para sí mismo: la itinerancia; la desafiliación social tanto en lo económico, desclasándose y transformándose de artesano a alguien mantenido por la solidaridad, como en lo familiar, rompiendo todo lazo, no solo sexual, sino incluso afectivo con el propio círculo familiar. Un ejemplo de este seguimiento, destacado entre la multitud, es el del grupo de mujeres (Lc 8,1-3).

Para todos sus seguidores, Jesús propone un tipo claro de vida: una comunidad fraterna donde se instaura la ley del servicio; un grupo igualitario donde nadie tiene posición paternal ni de jefatura y donde sólo los pequeños son privilegiados (Mt 23,8-10⁴).

Un tercer grupo tiene un carácter simbólico especial: los Doce. A ellos eligió porque quiso. Y los destinó a dos cosas: a una comunidad de vida intensa con él y a la misión (Mc 3,13-19). Esta consiste fundamentalmente en predicar la cercanía del Reino y desdemonizar. Y desdemonizar, para el Nuevo Testamento, no es sólo el acto de exorcizar sino, sobre todo, la liberación de todos

⁴ Considerar trinitariamente la asociación para el servicio educativo de los pobres pone en cuestión muchos modos de ejercer la autoridad que no resultan evangélicos. Nadie puede ocupar el lugar del Padre, pero muchas veces, prácticas autoritarias teñidas de un cierto monarquismo, han dado por resultado formas casi monárquicas de conducción. El único lugar de la autoridad es, según el evangelio, el del Servidor. Un servidor que no es de ninguna manera el Mesías. Es, más bien, un guía en la búsqueda y la realización de la voluntad del Padre, en medio de una comunidad de búsqueda y pregunta.

aquellos que por temor a la muerte en todas sus formas viven esclavizados por el demonio (Cf. Heb 2,14-15).

La misión tiene sus reglas: la gratuidad del servicio, la pobreza del misionero, la dependencia ante la comunidad que recibe la misión, la persecución y la confianza en la Providencia (Lc 9; Mt 10).

La convivencia comunitaria es la verdadera experiencia configuradora del discípulo (Jn 13,13-15; Hch 1,21-22): seguirlo hasta la cruz. Y configurarse con Jesús es configurarse con el Padre (Jn 5,19-21) como artesanos, trabajadores, constructores de vida. Porque el sufrimiento pascual de Jesús se basa en el sufrimiento del Padre que entrega a su Hijo y en el sufrimiento del Espíritu que gime con toda la humanidad. La experiencia de la convivencia es la formación del discípulo. Se trata de configurarse con el destino del Hijo, visibilidad del Padre y Ungido del Espíritu (Jn 11,16; Jn 15,20), apropiarse de su vida (Flp 3,7-14; Col 2,20-3,5).

Y esto se da en la misión. Si consideramos qué puede significar acompañar a Jesús en un día de trabajo como el que describe Mc 1, 16-45, nos damos cuenta qué puede significar esta configuración. Pero sobre todo se da en la comunión con la experiencia del Dios *Abbá* y sus criterios que están en el fondo de la misión (Mt 11,25-30).

Para nosotros, Jesús es el rostro de Dios que podemos ver en los evangelios. Con Él tenemos una relación por su Espíritu. En Él, por la fe, Jesús nos conoce y lo conocemos a Él (Jn 20, 29-30), en las mediaciones que el Espíritu tiene para nosotros: la Palabra viva en el mundo que podemos comprender porque leemos la Escritura; nuestra conciencia en la que nos habla por nuestro propio sentir; la comunidad donde el discernimiento conjunto nos permite comprender la Palabra; la Regla a la que el Instituto ha llegado en su discernimiento; y nuestra propia conciencia y consentir en la fe. Es la experiencia del amor comunitario el que nos permite hoy vivir la experiencia pascual (Flp 1, 9-11; 1Jn 3,14). Allí hacemos la experiencia del poder de la resurrección en la misión, la fecundidad de la asociación para el discernimiento de la misión.

Podemos entender entonces que la asociación es una gracia que hemos recibido de Cristo y por Cristo. Esta gracia consiste en nuestra capacidad para responder a la seducción de su Evangelio que es estupor por la dignidad del hombre (RH 10). Somos ramas en la Vid. Somos miembros de su Cuerpo.

Contemplamos juntos al Espíritu Santo, persona-asociación

Todos hemos hecho alguna vez, en la comunidad o el Distrito, la experiencia que describe San Pablo en 1Cor 12, 1-13. Podemos entender que esta es la experiencia de fe que está en el fondo de la asociación. Descubrimos en nuestra riqueza comunitaria al Espíritu Santo, una persona que actúa, energiza, trabaja en muchas personas. Sumergidos en el Espíritu por el Bautismo, repletos del Espíritu por la Eucaristía, somos incorporados a la Cabeza, que es Cristo, como miembros de su Cuerpo.

En ese Cuerpo vivimos la experiencia maravillosa de ser complemento de Dios: ¡Él nos completa y nosotros lo completamos! (Cf. Col 1, 15-20; 2,9; Ef 1,22ss; 3,19; 4,13; Jn 1,16). Y esto se da por el amor, las articulaciones y ligamentos poderosos de este Cuerpo (Ef 4,1-16; Col 2,9). 39

El Espíritu Santo, lo confesamos en nuestro Credo, se constituye como persona por una relación con la persona del Padre y del Hijo, una única relación con dos personas. El es esa misma relación. En su persona es la relación del Padre y del Hijo.

Su ser persona es asociación de personas. La Historia de la Salvación, la vida de la Iglesia y nuestra propia asociación manifiesta este ser personal y su modo de ser persona: ser uno en muchos, activar uno el trabajo de muchos.

Es claro, entonces, que ni Jesús, ni la Iglesia, ni la Eucaristía, ni nuestra Asociación, pueden ser comprendidos sin fe. Son realidades “dobles”: inmanentes y trascendentes a la vez. Son realidades espirituales, sacramentales.

Si miramos al Jesús de los evangelios, descubrimos que es el Espíritu quien lo ungió para la misión (Hch 10,38). Pero también descubrimos que es la unción de la resurrección la que lo constituye como Hijo de Dios con poder (Rom 1,3-4). Jesús ha sido empoderado por el Espíritu por su resurrección para transformarse en Espíritu trabajador de la vida, artesano de la vida (1Cor 15,45), creador de libertad (2Cor 3,17).

Podemos decir que el mismo Jesús (y sus discípulos misioneros y desdemonizadores) han vivido esta tensión de un poder que actúa históricamente pero que estallará plenamente activo, universalmente eficaz, en la irrupción del Reino que comienza en la resurrección.

Como señala el Concilio Vaticano II en *Sacrosanctum Concilium* 5 (Cf LG 1; 48; 59), la misma carnalidad de Jesús, unida a la persona del Verbo, fue instrumento para nuestra salvación. Esa carnalidad es el límite del Hijo-Verbo Todopoderoso. Pero es también su posibilidad histórica. Y esa carne estalla por la resurrección como efusión del Espíritu (1Cor 15,42-29).

Análogamente, la carnalidad de la Iglesia, su historicidad, su institucionalidad, es instrumento ofrecido a la energía del Espíritu Santo para ser instrumento salvador, que estallará en el Reino de Dios como plenitud, unidad del género humano, reconciliación cósmica, paz, justicia, verdad, vida.

Del mismo modo, podemos considerar nuestra propia Asociación para el servicio educativo de los pobres, siguiendo algunos hilos que la Regla actual nos ofrece:

- ✓ La carnalidad de nuestros proyectos educativos escolares o no escolares, de nuestros proyectos sociales (R 3, 7, 11, 15), son instrumentos dispuestos a la acción vivificadora del Espíritu para la salvación de los pobres y la promoción de la justicia y la paz, que estallarán universalmente eficaces en la irrupción del Reino.
- ✓ La carnalidad de nuestra oración personal y comunitaria (R 69) es un instrumento a disposición de los gemidos del Espíritu a fin de alcanzar la libertad de corazón y el discernimiento, que estallará como sabiduría y libertad totales en el Reino.

- ✓ La carnalidad de nuestra castidad consagrada y nuestro celibato (R 27) es instrumento ofrecido al Espíritu que nos libera y que estallará plenamente en el Reino, cuando todos seamos ángeles de Dios.
- ✓ La carnalidad de nuestra pobreza, por la que creamos comunión⁵ (R 32) es instrumento ofrecido al Espíritu para que nos modele el corazón de pobre, abierto a Dios para ser sus testigos entre los pobres.
- ✓ La carnalidad de nuestras relaciones comunitarias (R 23) es un instrumento ofrecido al Espíritu para que nos constituya como signo de la Alianza y de la posibilidad transformadora del mundo que tiene el Evangelio, que estallará como significado pleno en el mundo nuevo que inaugura el Reino.

De modo que en la Asociación hay una gracia disponible que debemos acoger y realizar: la creación de un nosotros sacramental⁶. No es un nosotros que sea creado por nuestra voluntad. Nuestra libertad recibe una gracia, un nosotros espiritual que nos precede y al que somos invitados. Nuestra fidelidad ofrece la carne para esa gracia creada por Espíritu.

¿Podemos pensar que esa acción del Espíritu se haga perceptible para nosotros y para los pobres a quienes estamos enviados en el signo de la asociación para el servicio educativo?

Los Hechos de los Apóstoles hablan de una perceptibilidad espectacular de la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés. San Pablo habla de una espectacularidad de los dones espirituales en la comunidad de Corinto. No parece que este tipo de percepción sea lo habitual entre nosotros.

Pero podemos encontrar otras formas de percepción mucho más cercanas a nuestro modo de vivir. Son las del amor comunitario y las del estilo de vida propio de quienes se unen por los lazos espirituales (Gál 5, 22-23; 1Jn 4,11-14), y los de la misión profética (2Pe 1,21; Mt 10,20). La comunidad de los que se aman y se abren en misión es la visibilidad del Espíritu.

Claro que para esta percepción necesitamos el espíritu de fe, que es nuestro modo de participar del don del Espíritu (Col 1,9; 3,16; L 5). Es que somos conscientes de que en nuestra asociación hay un secreto, algo escondido, un misterio (1Cor 2,13-16). Es el Espíritu creador del nosotros. El Espíritu es la comunión y la mediación que comunica la comunión que se comunica. Cristo es el mediador y el Espíritu Santo es la mediación que se comunica a sí misma. El Espíritu es el principio más íntimo que crea la subjetividad de la Iglesia y del Instituto y de la Comunidad. El Espíritu es el principio de ese “nosotros” típica, pero no exclusivamente, litúrgico. En el Espíritu, por Cristo, tenemos acceso al Padre (Ef 2,18). El Espíritu es, en tanto creador de este nosotros, el lugar del acceso al Padre y el instrumento de ese acceso. Es la inmediatez de la presencia del Espíritu que es vínculo de mediación.

⁵ Dos palabras sorprendentemente ausentes en la Circular 460.

⁶ Que en última instancia, tiene su condición de posibilidad en una nostridad más elemental y también gratuita, que es la fraternidad universal.

Ahora estamos en condiciones de penetrar en la comunión de los Divinos Tres, siguiendo la ruta que su autorrevelación nos ha mostrado. Y podemos hacerlo mirando siempre también la dimensión política de estos modos de hablar de Dios.

Nosotros confesamos un solo Dios, esto es, un solo sujeto, un solo centro de actividad en Dios. Y confesamos Tres Personas Divinas, inseparables por lo que son y por lo que hacen, al mismo tiempo que inconfundibles (DS 528).

Esto significa que la unidad, mejor, la comunión, en Dios, precede a la distinción de las personas y es su fundamento. Sólo la relación distingue las personas. El nosotros precede al yo.

Por tanto, podemos admitir que “persona” es una afirmación de identidad en tanto abierta a un tú y comprometida en un nosotros. Persona no es el individuo, es la relación, la referencia a otro (ST 1, q. 34, a.1). Persona es lo que pasa *entre* dos en un nosotros, como diría Buber, y no un asunto de la autoafirmación de un yo aislado.

Confesamos también a este Dios como creador, como abierto, desde siempre, a crear una comunión mayor. En este compromiso de comunión, Dios se ha abierto en dos misiones: la del Hijo y la del Espíritu. Desde esas misiones, comprendemos mejor qué significa la persona. Persona es una posesión en el despojo.

Nos hacemos personas, a imitación de Dios, cuando nos entregamos poseyéndonos, poseyéndonos tras la entrega. Nos hacemos personas en un éxodo asociativo⁷.

En Dios, confesamos tres personas. Confesamos tres modos de ser suyo, de poseerse, de pertenecerse. De modo que “persona” es algo que se dice análogamente, no de modo unívoco.

En Dios, este poseerse de cada persona es un pertenecerse en una reciprocidad constitutiva que hace la unidad de Dios, su vida, su actividad que es un permanente dar de sí. Cada persona es un dar de sí que circula por la otra persona para darse la unidad del nosotros que los precede. Una donación que implica una contrapartida de acogida. Unas personas constituyen a las otras en la relación. Una circulación de vida en la que cada una vive por las otras y para las otras.

En este misterio de donación para la vida, el Padre se vacía totalmente en su Hijo, entregándose completamente a él para constituirlo como su igual. Y el beso de esta entrega es el Espíritu, persona-vínculo asociativo. La comunión, la asociación, que se establece en la Trinidad es siempre kenótica, exodal. Así, el Padre se hace arquetipo de esa entrega virginal y pobre que caracterizará la existencia histórica de Jesús y de la acción del Espíritu en la Iglesia. Y es la obediencia del Hijo y del Espíritu las que hacen la historia del éxodo kenótica del Dios Comunión Trinitaria.

⁷ Esta expresión es muy justa para referirnos a la experiencia Lasallana. La lectura de su testamento nos ofrece esa frase maravillosa: “los Hermanos con quienes Dios ha querido unirme”. Ese es el nosotros percibido por el Fundador y al que ha debido encaminarse por una fuerte conversión.

Y de esa circulación de vida recibe el mundo su vida y santidad. El mundo es complemento del mismo Dios en Cristo, Dios hecho mundo. Hay en el mundo, por la fuerza de la Pascua que estalló en el Señorío de Cristo como Espíritu, una energía recapituladora eficaz que va haciendo la unidad del Cuerpo del Cristo Total. Más aún, del “Cuerpo de los Tres”, como se atreve a decir Tertuliano (PL 1.1206).

Aquí está el fundamento, la condición de posibilidad y la eficacia del poder de nuestra asociación: en la Asociación de las Tres Personas Divinas y su apertura misionera. Asociación es un nombre de Dios.

Pero lo que en Dios es unidad de naturaleza, en nosotros es unidad creada, fruto de la respuesta a la gracia ofrecida y disponible, con los límites y ambigüedades propias de lo humano e histórico. Comprometernos en asociación para el servicio educativo de los pobres por voto es:

- ✓ Abrirnos a la interpelación del rostro del Hermano en la escucha de quien se expone y reclama nuestra respuesta en la creación del nosotros como respuesta a la gracia. Descubrir en el Hermano al Dios que nos reclama la comunión y la misión. Instaurar así el diálogo como horizonte de posibilidad de toda realización asociada.
- ✓ Hacernos Hermanos unos a otros, recreando una comunión que nos precede. Como las Divinas Personas, no podemos ser sin los otros. Todo lo nuestro vive de nuestra relación. Esto supone desarrollar entre nosotros el hábito de dejarnos impresionar juntos por las necesidades de los pobres, dejarnos afectar juntos por las otras personas, entregarnos personalmente juntos a lo que hacemos. Y esto para crear un signo de la presencia salvadora de la Trinidad en nuestras casas y nuestras obras: donde podamos ver una comunidad de Hermanos profundamente entregados al servicio educativo de los pobres, vemos a la Trinidad (Cf. San Agustín, PL 42.958).
- ✓ Asumir que la Trinidad es el programa de la Asociación. Esto significa estar presente y ser con, en, para y por los otros Hermanos, para estar presentes y ser juntos en el servicio educativo de los pobres. Significa participar juntos en la diferencia para la comunión, participar en la igualdad de la diferencia para la comunión. Y significa también, asumir el camino que Dios ha elegido, el camino del hombre, para todos nuestros caminos. Caminos que se dirigen a la creación de una humanidad solidaria (Cf. RH; DinM; DetV; SRS).
- ✓ Recordar y asumir que la vida de la Trinidad y su apertura misioneras, desatadas por el mismo misterio de amor, que siempre es pasión, se despliegan en compromiso por la triple libertad: la libertad de toda necesidad alienante, que llamamos liberación; la libertad de toda relación opresora, que llamamos comunión; la libertad dirigida hacia un futuro absoluto, históricamente mediado por la fantasía política, que llamamos proyecto. La vida de la Trinidad es el Reino.
- ✓ Recordar y asumir religiosamente que la asociación no nace desde abajo, del compromiso voluntario individual o colectivo por el voto y su fuerza jurídica. La asociación viene de la Trinidad. Viene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu, por causa del Reino, para la Gloria de Dios, que es la vida del hombre, sobre todo del pobre.

- ✓ Recordar y asumir en la fe que la Asociación es siempre un misterio que nos sobrepasa. Nace y vive del amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado.
- ✓ Recordar que la eucaristía es el sacramento de la asociación. Ella es memorial de la Pascua, representación e instrumento de la unidad para la misión. Y comulgar con Cristo en la eucaristía es hacernos contemporáneos con Él, vivir de la “unión” con sus sentimientos, sus intenciones, sus proyectos, como La Salle nos enseña.
- ✓ Recordar que la Trinidad es la fuente, la forma, la patria y el lugar de la Asociación, es decir, que primero es lo común y luego las diferencias entre nosotros. De modo que nuestra respuesta debe ser un empeño de fidelidad para hacernos expertos en discernimiento, en acción unánime, en intimidad de diálogo, en resolución de conflictos de un modo que nos autotranscenda, en construcción de criterios comunes, en obediencia cordial a lo discernido, en estabilidad en la unión. Así nos lo enseña la experiencia Lasallana de 1691/1694.

María, arquetipo de la asociación para el servicio educativo de los pobres

Si contemplamos el icono de la Anunciación, podemos ver a María en un profundo acto de fe, en una receptividad activa que responde por el Espíritu a la Voluntad del Padre para ofrecerse como instrumento de la encarnación de la energía del Hijo-Verbo. Habitualmente, tiene entre sus manos una madeja roja, el hilo de la historia que devana entre sus manos, en el silencio de su oración. Un rayo viene de lo alto y penetra en su vientre o en su corazón. Otras veces el evangelio del ángel es como una onda que la penetra y fecunda. Su actitud, muchas veces, destaca la receptividad con una leve curvatura.

En este misterio, María, se constituye en la figura arquetípica de todos aquellos a quienes la mediación del Espíritu Santo nos une a Cristo. Ella llega a ser, en este misterio, subjetividad normativa para todos los creyentes en nuestra relación con la Trinidad. Su acto de fe es el fundamento subjetivo perfecto de cada uno de los actos de fe personales que tienen lugar en la comunión de los santos.

María en su misterio de esposa virginal expresa de modo mayor la subjetividad de la Iglesia, el centro espiritual consciente de una decisión libre y razonable: la aceptación de la maternidad divina. El aspecto virginal de esta concepción subraya la gratuidad de la misma. Y en esto hay un paralelo con el acto eterno del Padre que engendra al Verbo. Y este es, también, un matiz que se expresa en nuestro modo⁸ consagrado de vivir la asociación para el servicio educativo de los pobres.

⁸ No sólo por el voto de castidad. También por el de pobreza pero, sobre todo, por el estilo de vida consagrada que mira y realiza la existencia desde el espíritu de las bienaventuranzas.

En su subjetividad, María fue avanzando como peregrina de la fe⁹ (Cf. LG 58; RMa). Así se constituye, como un nuevo Abraham (Cf. Rm 4,17-21), en madre de los creyentes. Su misterio esponsal se abre a la maternidad que es su misma consagración: una permanente disposición para el Espíritu Santo en vistas al crecimiento del Cuerpo de Cristo. De este modo, la esposa del Espíritu Santo es su cooperadora en engendrar un Cuerpo para la Cabeza, que es su Hijo. Y esta consagración es vivida en asociación estable con José en un primer momento, y con los discípulos y discípulas luego, en el seguimiento de Jesús. 44

Y al pie de la cruz, María, que recibe el Espíritu nuevamente, esta vez en compañía de otros dos creyentes, se hace socia de Jesucristo en la redención. Este es su ministerio laical, colaborar en el nacimiento del primer nosotros eclesial, la primera asociación pascual.

Cantar con ella el Magnificat nos invita a celebrar nuestra asociación para el servicio educativo de los pobres. Con ella reconocemos nuestra pobreza y nuestra disponibilidad para la acción salvadora de Dios. Con ella nos ofrecemos virginalmente a la acción del Espíritu. Con ella reconocemos el plan de predilección de Dios sobre los pobres y con ella nos ofrecemos para los caminos del Reino.

Siendo tipológicas las verdades sobre la Santísima Virgen, contemplar su misión en la Historia de la Salvación es contemplar la nuestra. Nos cabe a nosotros, como Asociación, hacer nacer el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia de los pobres. Nos cabe a nosotros, como Asociación, sostenernos al pie de la Cruz acompañando el dolor del Pueblo de Dios Crucificado. Pero, sobre todo, nos cabe, como Asociación al servicio educativo de los pobres, bajar de la cruz a los crucificados de hoy y esperar la resurrección del Pueblo de Dios.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt (2006) *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI. Madrid.

Boff, Leonardo (1990) “Trinidad” en Ellacuría, I.-Sobrino, J. *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de Teología de la Liberación*. Trotta. Madrid.

Forte, Bruno (1996) *Trinidad como historia*. Sígueme. Salamanca.

Guevara, Ivonne – Bingemer, María Clara (1990) “María” en Ellacuría, I.-Sobrino, J. *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de Teología de la Liberación*. Trotta. Madrid.

Gil Larrañaga, Pedro María (1998) “La consagración del Hermano: un tema que la Declaración no dejó cerrado”. En Hermanos de las Escuelas Cristianas. *El Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual 30 años después*. CVS. Madrid.

⁹ La bellísima meditación lasallana sobre la Natividad de Nuestra Señora contrae esta peregrinación a la misma concepción de María en el vientre de Ana (MF 163). Más allá del teologúmeno que sirve de sustrato, las consideraciones sobre la consagración que hace el Fundador siguen siendo pertinentes.

Lipovetsky, Gilles (1990) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama. Madrid.

Martínez de Ilarduia, Juan Mari (2000) *Perijóresis. Comunión de personas, modelo de toda comunidad*. ITVR. Vitoria.

Moltmann, Jürgen (1983) *Trinidad y Reino de Dios. La doctrina sobre Dios*. Sígueme. Salamanca.

Mühlen, Heribert (1974) *El Espíritu Santo en la Iglesia*. Secretariado Trinitario. Salamanca.

Navone, John (1989) *Self-giving and Sharing. The Trinity and Human Fulfillment*. The Liturgical Press. Collegeville. MN.

Rahner, Karl (1977) “El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la Historia de Salvación” en *Mysterium Salutis. Manual de teología como Historia de la Salvación*. Volumen II. Cristiandad. Madrid.

Rosales, Raúl (1993) “Trinidad y liberación.” En Revista *Testimonio* n° 139. Septiembre-Octubre.

Silanes, Nereo (1993) “Trinidad e Iglesia. Comunión trinitaria, eclesial y pastoral.” En Revista *Testimonio* n° 139. Septiembre-Octubre.

Von Balthasar, Hans Urs (1964) *Ensayos teológicos II. Sponsa Verbi*. Ediciones Guadarrama. Madrid.

Zubiri, Xavier (1997) *El problema teológico del hombre: cristianismo*. Alianza Editorial. Fundación Xavier Zubiri. Madrid.

Siglas

DetV Carta encíclica de Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo, 1986.

DinM Carta encíclica de Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, sobre la misericordia divina, 1980

LG Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia. 1964.

RH Carta encíclica de Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, al comienzo de su ministerio pontifical, 1979.

RMa Carta encíclica de Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, sobre el papel de la Virgen María en la vida de la Iglesia, 1987.

SRS Carta encíclica de Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, al cumplirse el 20° aniversario de la *Populorum Progressio*, 1987.